

LA IZQUIERDA, LA DERECHA Y LA REVOLUCION FRANCESA

Nélida López de Ferrari

¿A favor o en contra de la Revolución francesa?.

La Revolución permanece una frontera viviente entre la derecha y la izquierda.

La Revolución ha creado el estilo político francés y ese estilo es el del drama.

El Bicentenario de la Revolución francesa, 1989, alimenta en Francia las luchas políticas en lugar de ofrecer un paréntesis. Es sin duda, porque la Revolución de 1789 "revolución" en sentido abstracto de gran cambio, ha sido seguida de diez años de "revolución" en el sentido concreto que se le da comunmente hoy: tumultos, ilegalidades, derramamientos de sangre...

Antes de introducirnos en el debate de la izquierda y la derecha frente a la Revolución francesa, debemos hacer una breve referencia al "concepto" de revolución, de manera simple, sin considerar las grandes discusiones filosóficas y políticas sobre el término. Como definición utilizaremos la dada por Giamfranco Pasquino, en el *Diccionario de Política*¹: "La revolución es la tentativa acompañada del uso de la violencia de derribar a las autoridades políticas existentes y de sustituirlas con el fin de efectuar

¹ *Diccionario de Política* dirigido por W. Bobbio y N. Matteucci, Siglo XXI, 1986.V. II p. 1458.

profundos cambios en las relaciones políticas, en el ordenamiento jurídico-constitucional y en la esfera socioeconómica".

Si bien la toma del poder por parte de los revolucionarios puede producirse por medio de un golpe de Estado, la revolución no se efectiviza sino luego de los profundos cambios introducidos en los sistemas político, social y económico. Nuestro tipo de definición es muy restrictivo pues consideramos revolucionarios exclusivamente a aquellos procesos que provoquen, al mismo tiempo, cambios políticos (en el cuadro institucional o régimen y en las autoridades) y cambios socioeconómicos. La definición como *tentativo* de efectuar cambios políticos y socioeconómicos nos impide solayar los fenómenos revolucionarios no victoriosos. Como cuando los revolucionarios no logran consolidar su poder, y, después de un breve período de gestión dualista del poder, junto con la clase dirigente que intentan sustituir, son derrotados y eliminados (Comuna de París, 1871). O bien, cuando los revolucionarios conquistan el poder y lo administran por sí mismos, pero no logran una transformación del marco político-institucional y de las relaciones socioeconómicas debido a su debilidad subjetiva o a causa de condiciones objetivas desfavorables (Revolución boliviana 1952).

La "necesidad" del empleo de la violencia como elemento constitutivo de una revolución puede ser teorizada en abstracto, pero no sin fundamentos históricos, destacando cómo las clases dirigentes no ceden su poder espontáneamente y sin oponer resistencia, y cómo, por lo tanto, los revolucionarios están obligados a arrebatárselos por la fuerza y, señalando además que los cambios introducidos por la revolución no pueden ser aceptados pacíficamente, pues significan la pérdida de poder, *status* y riquezas para todas las clases golpeadas. No hay duda, y está históricamente comprobado, que dichas clases se organizan para defenderse, y será inevitable en este punto que los revolucionarios recurran a la violencia y el terror. Se podría sostener que, en el momento en que los revolucionarios se propongan los cambios profundos en la estructura política y en la estructura socioeconómica del sistema en el que

operan. deberan recurrir a la más amplia participación popular contra las autoridades políticas en el poder. Es indudable que las autoridades harán uso de los instrumentos de coerción a su disposición -ejército y policía sobretodo- haciendo así estallar un conflicto de vastedad y duración proporcionales al número de individuos comprometidos y estrechamente dependientes de la correlación de fuerzas que se establece entre los dos grupos contendientes. En definitiva no nos parece arriesgado sostener que en toda revolución, victoriosa o derrotada, hay momentos más o menos prolongados de *guerra civil*.

El elemento que distingue a las revoluciones en la sociedad moderna es en efecto la división de la sociedad en dos grupos antagónicos que luchan por el mantenimiento o por la toma del poder, con la "advertencia" de que, si vencen, los "revolucionarios" aportarán profundas transformaciones también en la esfera socioeconómica.

En la historia del pensamiento político el concepto de revolución, en la forma en que lo hemos dado en la definición es de aparición reciente. La palabra "revolución" es acuñada en el Renacimiento, con referencia al lento, regular y cíclico movimiento de las estrellas, casi indicando que los cambios políticos no pueden alejarse de "leyes" universales e implícitas. Revolución, del latín *revolutio-inis*: significa movimiento de un astro en todo el curso de su órbita; acción y efecto de revolver; cambios violentos en las instituciones políticas de una nación...

La "revolución" es el movimiento que conduce las cosas a su punto de partida, aplicado a las cosas humanas, sugiere el "eterno retorno", retorno de algunas formas políticas a un estado precedente, a un orden preestablecido que ha sido turbado. El término revolución es sinónimo de período pero, pensar las revoluciones humanas sobre el modelo de las revoluciones del sol tiene por efecto dotarlas de caracteres que nos es difícil reconocerlos en las revoluciones contemporáneos.

Es en el siglo XVII que la palabra "revolución" es usada como término político justamente para indicar el retorno a un estado precedente de las cosas, a un orden preestablecido que ha sido perturbado. La llamada "Revolu-

ción inglesa" de 1688 representa, en efecto, el fin de un largo período marcado también por la guerra civil y la restauración de la monarquía inglesa. Igualmente significativo es que la "Revolución norteamericana" no fuera concebida por sus artífices como algo original e inédito, sino como el retorno a un estado de cosas justo y ordenado que había sido alterado por los excesos, por los atropellos y por el mal gobierno de las autoridades políticas y que debía ser restaurado; se trataba de eliminar los abusos del gobierno colonial inglés. La "Revolución francesa" tampoco fue concebida como algo original o inédito, y justamente en el curso de la misma se verifica un cambio decisivo en el significado del concepto "revolución", cambio que estaba, sin embargo ya implícito en las formulaciones teóricas de los Iluministas que habían nutrido a tantos de los líderes de la Revolución francesa; de la mera restauración de un orden turbado por las autoridades se pasa a la confianza en las posibilidades de la creación de un *orden nuevo*, de la búsqueda de la libertad en los viejos ordenamientos se pasa a la creación de nuevos instrumentos de libertad y, es la "razón" que se yergue contra la "tradicición" como legisladora de una constitución que va a asegurar *la libertad* y otorgar *la felicidad* al pueblo. La ruptura con el pasado no podía ser más completa.

"Solamente allí donde el cambio se verifica -escribe Arendt-1962- en la dirección de un nuevo inicio, donde se hace uso de la violencia para constituir una forma de gobierno totalmente nueva, para dar vida a la formación de un nuevo ordenamiento político, donde la liberación de la opresión apunte al menos a la instauración de la libertad, podemos hablar de revolución"².

Será K. Marx quien dará un nuevo contenido y una finalidad más completa a la "revolución". Ella aparecerá no sólo como el instrumento inicial para la conquista de *la libertad*, identificada con el fin de la explotación del hombre por el hombre -y por lo tanto con la posibilidad de derrotar a la pobreza-, sino como instrumento para la consecución de la igualdad identificada en la justicia

2 Arendt, H. On Revolution, New York, 1963.

social y para la plena aplicación de todas las cualidades del hombre. Marx fundiendo los dos elementos individualizados por los iluministas -*libertad y felicidad*-, expone su consecución simultánea mediante la liberación del *hombre productor*. Desde este momento, la "revolución" aparecerá como la panacea de los males de toda sociedad y operará como símbolo potente y como estímulo para la superación de la opresión y de la escasez de recursos.³

El concepto de "revolución" adquiere nuevas connotaciones, no se trata, pues, de un retorno de lo mismo a lo mismo, sino del surgimiento brusco y violento de *lo nuevo*. El carácter de lo imprevisible prevalece sobre lo previsible, el desorden sobre el orden, lo extraordinario sobre lo ordinario.

Entre las dos acepciones completamente antinómicas hay un esfuerzo por lograr la comprensión. Los dos acontecimientos que sirvieron de punto de referencia principal -la Revolución inglesa, la Revolución norteamericana-, no han logrado eliminar las significaciones concurrentes de la palabra "revolución".

La "Gloriosa revolución de 1688" es vista -por los hugonotes- como una revolución - retorno, como reencuentro feliz y reparador con las leyes destruidas por los azares de la historia, y por parte de los absolutistas -como una revolución más en la historia de Inglaterra especialmente marcada por la alternancia entre reinados felices y reinados "desgraciados". Restauración que sale del curso tempestuoso del tiempo y conduce al orden, a la revolución inscripta en el tiempo, que conduce una nueva serie de desórdenes, la historia de Inglaterra permite las dos interpretaciones.

La Revolución Norteamericana es manifiestamente una "Gloriosa revolución" y el rol que ella reserva a la voluntad humana es infinitamente más manifiesta. Dicha Revolución muestra, a pesar de sus características especiales, la confusión de los dos sentidos de revolución. Los comentarios favorables a la Revolución norteamericana,

³ Marx, K. y Engels, F., Revolución y contrarrevolución en Alemania, en Obras escogidas, T. IV, Ed. Ciencias del hombre, Buenos Aires, 1973.

la interpretan como una restauración: son las libertades inglesas, de las que ya habían disfrutado el pueblo americano, las que le han permitido hacer una revolución, es decir, querer *volver* a sus derechos anteriores. Pero, ese retorno al orden, no preserva a América de los desórdenes de otra revolución.

De ésta oscilación entre dos significados ¿qué es lo que debemos retener?

Los hombres del siglo XVIII que han producido una gran literatura sobre las revoluciones, han privado, en cierto sentido, a la idea de "revolución" de especificidad. Cuando estudian una, la adornan de adjetivos -grandes, asombrosa, maravillosa, gloriosa-, pero no la presentan con una connotación precisa. Las revoluciones son "buenas" o "malas", ellas pueden destronar reyes, pero también restablecerlos, dar origen al progreso o al retroceso... Los hombres las temen, pues ellas traducen la inestabilidad política y ponen de manifiesto el poco poder de conducción que el hombre tiene sobre los acontecimientos; o bien la glorifican, es la panacea que solucionará todos los males de la humanidad...

¿A favor o en contra de la Revolución francesa?
¿Glorificada o maldecida?

La Revolución francesa, es ante todo un gran espectáculo, que llena de estupor a sus contemporáneos, "qué espectáculo, que actores!" escribía E. Burke a Lord Charlemont. Todos la han saludado como algo inédito. El primer gran efecto es de considerar la idea según la cual la Revolución francesa podría ser una restauración de un orden social anterior. Hanna Arendt, sostiene que los hombres entraron primero en la Revolución con la ilusión de la restauración, es decir de la *continuidad*, y es en un segundo tiempo que acceden a la ilusión más fuerte todavía, al registro de la experiencia histórica, la de la *ruptura*. La Revolución se piensa como la liberación decisiva de todos los modelos históricos. La Revolución francesa, a diferencia de la Norteamericana, ha sido una "refundación" no sólo del cuerpo político sino también del cuerpo social.

Espectáculo, que no tenía ejemplo, inauguración absoluta. El acontecimiento que tuvo lugar en Francia,

de Villiers, ex-secretario de la cultura, lo mismo que Jack Lang miembro del gobierno de Mitterrand no desmienten dicho enfrentamiento sino que consideran que la Revolución francesa trazará todavía una frontera entre los partidarios de la derecha y los de la izquierda. Mona Ozouf, filósofa e historiadora, miembro del Instituto Raymond Aron, en un artículo aparecido en "Le Nouvel observateur", Francia, 28 enero 1987, decía: "Este debate, es Roland Garros. La cabeza a la derecha, la cabeza a la izquierda, nos preguntamos quien va a ser el primero en enviar las aproximaciones y los insultos"... "El objeto que voltea entre los dos campos no tiene a los ojos de los jugadores ninguna importancia... Los unos y los otros consideran a la Revolución, a despecho de todo análisis, como un bloque, de tal suerte que no hay más que tomarla (la izquierda) o dejarla (la derecha). Unos y otros se alegran de ver la Francia dividida en dos y no consideran que la Revolución haya podido producir separaciones menos tajantes".

De hecho, pocos países, han perpetuado tanto tiempo una división de origen histórico. Aún los norteamericanos, con su guerra civil, cuyas resonancias se perciben aún hoy, no presentan un dualismo semejante. En cuanto a los rusos, la victoria definitiva de los bolcheviques habiendo reducido la oposición al "silencio", no se han expresado más que fuera de la tierra natal.

En Francia, por el contrario, el retorno de los "emigrados" y la Restauración, han hecho coexistir sobre el suelo nacional dos familias políticas que han surgido de la fractura que la caída de la monarquía, la ejecución del monarca y la guerra de los "azules" y "blancos" había provocado en la mentalidad colectiva.

La Revolución ha sido la referencia clave de la izquierda, tal como ella se ha ido constituyendo poco a poco a lo largo del siglo XIX. En momentos en que una minoría importante de "electores" permanecen fieles defensores de la *Monarquía*, un simbolismo republicano multiforme invadía la Francia y era defendido por la izquierda.

que podemos considerar el primero, ha sido fundado sobre los "derechos de la humanidad" y por ello ha sido considerada *La Revolución*. Se trata de algo más que de "derechos particulares"; se trata de otra cosa que de "la libertad francesa". La Revolución escapa de su tierra natal, es una promesa sin fronteras, abierta a un porvenir ilimitado.

La Revolución francesa frontera entre la izquierda y la derecha

Uno de los más eminentes polemistas de la derecha y el ex vocero oficial del Gobierno de la Unión de la izquierda, encuentran, como sujeto o pretexto favorable para fijar sus posiciones respectivas, la "historia de la Revolución francesa". El título de la editorial que Louis Pauwels publica en Figaro-Magazine, el 11 de octubre de 1986: *Pour en finir avec la Révolution française, tout simplement*", es bien elocuente. Celebra en él con eclecticismo las obras de A. Cochin, de F. Furet y D. Richet, de Reynald Sécher (inventor del genocidio franco-francés), de P. Chagnu, de Jean de Viguerie, de Tocqueville y finalmente el "trabajo genial y monumental" de H. Taine... Y concluye escribiendo que: "los socialistas llegaron al poder con la pasión y el lenguaje de los jacobinos" hay que leer, agrega, el libro lamentable que Max Gallo publicó en estos días para medir la decrepitud intelectual de una izquierda arcaica..."⁴.

Lo que nos demuestra que la Revolución francesa, no está terminada, aún cuando se quiera decididamente terminar con ella: que Fr. Furet escriba: *La Révolution française est terminée*⁵; Pauwels, *Pour en finir avec la Révolution française...*; y Max Gallo, designe a sus adversarios: "*Nouveaux muscadins*" nos plantea el eterno retorno del enfrentamiento: izquierda-derecha. Aún hoy, Philippe

4 Max Gallo, Lettre ouverte à Maximilien Robespierre sur les nouveaux muscadins, Albin Michel, París, 1986.

5 François Furet, Penser la Révolution française, Gallimard, París, 1978.

El "laicismo" tema fundamental del espíritu republicano.

La cuestión del "laicismo" se revela el punto fundamental del espíritu republicano. Sin embargo, el problema era más amplio: se trataba de saber cual debía ser el lugar de la Iglesia en la sociedad. La izquierda se atenía al Artículo X de la Declaración de los Derechos del hombre: "Ningún hombre debe ser molestado en razón de sus opiniones, ni siquiera en razón de sus opiniones religiosas, siempre que su confesión no perturbe el orden público establecido por la ley". En sus orígenes este artículo había sido combatido por el clero preocupado por la defensa del catolicismo como religión del Estado. De hecho, la tolerancia reivindicada por los filósofos, luego por los constituyentes, habían sido condenada por el Papa Pio VI, que no sólo rechazaba ratificar la "Constitución civil del clero", debido a la nacionalización de los bienes eclesiásticos, sino que también condena la Declaración de los Derechos del hombre,⁶ entre los que figuraban las libertades de conciencia y de expresión.

El divorcio entre la Revolución y la Iglesia se agravó con la Convención. La persecución de los "sacerdotes réfractarios", la guerra de la Vendée, el episodio de la descristianización, el culto del Ser Supremo, dieron lugar a una ruptura que no había sido programada desde el comienzo pero, que fue sin duda inevitable, dada la antinomia de la filosofía revolucionaria y la fe católica.

Pío IX, después de los acontecimientos de 1848, consideró necesario denunciar solemnemente los "principios de 1789" y las corrientes liberales que de ellos habían surgido.

La izquierda no era totalmente antirreligiosa, aunque si se les reconoce como anticlericales: la secularización de la sociedad es su obra, la laicización de la escuela, uno de los medios más eficaces. Consideradas las tentativas de restauración sin esperanzas, la oposición entre la izquierda y la derecha se va a cristalizar sobre "la escuela".

6 Cf. Jean Imbert, Les Droits de l'homme en France, La Documentation française, Paris, 1985. Jean Imbert, "Les six Jours des Droits de l'homme" en L'Histoire, N° 113, Juillet. Août 1988.

Más allá de las divisiones internas el enfrentamiento entre el Papado y el gobierno republicano era evidente por lo que Georges Clemenceau (hombre de Estado francés) pudo decir en la Asamblea: *"La Iglesia quiere precisamente lo contrario de aquello que nosotros queremos. No hay una sola ley que nosotros hayamos votado, que no haya sido formalmente condenada por los Papas que se han sucedido en Roma"*.

La Revolución francesa divide a la izquierda.

Políticamente el conflicto entre las dos Francias permite a los republicanos y a la izquierda de la Tercera República si no de gobernar juntos al menos realizar las necesarias alianzas electorales: en 1885, la noción "disciplina de izquierda" lograba la unión de la izquierda en torno al candidato de la mayoría.

Ante los adversarios de la derecha, la izquierda, heredera de la Revolución tiende a minimizar los episodios más debatidos y a exaltar aquellos que han hecho posible la unidad de los franceses. En las diversas celebraciones oficiales, el régimen republicano quiere oponer el episodio del Terror a los *logros* de la Asamblea Constituyente. Se dice: "el 93 es el 89 que se defiende". Y, George Clemenceau, en su Discurso, en la Asamblea nacional, el 29 enero 1891, dirá: "Desde hace tres días, todos los monárquicos, reivindicán, a cual más, la sucesión de Dantón... He aquí, que M. Joseph Reinach desde la tribuna emprende la gran obra de examinar cuidadosamente, a su manera, la Revolución francesa. El nos dice, seriamente, "yo acepto esto y rechazo aquello!"... Señores, que nosotros lo queramos o no, la Revolución francesa es un bloque del que no podemos apartar nada..." Con lo que Clemenceau, expresa la necesidad de hacerse cargo de la totalidad de la herencia revolucionaria, sin restricciones.

A medida que el régimen republicano era reconocido por un número cada vez mayor, la Revolución se convertía en herencia común. Sin embargo, podemos decir, que el tema de la Revolución francesa ha dividido más a la

izquierda que lo que la ha unido. La historiografía republicana lleva la marca del conflicto entre los defensores del Terror "robepierristas" y sus acusadores, entre los partidarios del 89 y los del 93, entre los liberales y los jacobinos.⁷

Ejemplo de ello son las obras de E. Quinet (1803-1875): *Le Christianisme et la Révolution française* (1845) y *La Révolution*, (1865). La historia de Francia, escribe Quinet es una larga lucha por la libertad. Esta lucha explica por sí sola la Revolución. Quinet se muestra tan hostil al despotismo del Antiguo Régimen, como al Terror, cuyas causas no comprende. Próximo al grupo liberal de los doctrinarios, rechaza a la derecha ultra-realista, considera las jornadas de julio de 1830 como el resurgimiento de la Revolución. Para Quinet, la Revolución ha querido fundar sobre la destrucción sistemática del poder absoluto, el "nuevo poder" asentado sobre la *libertad* y la *democracia*: idea "primera", dice, de la Revolución. Analiza en profundidad el aspecto político, da un valor central a lo que la Revolución moviliza, a la nueva imagen del poder. En la Revolución, para Quinet, había una especie de "anticipación", no porque ella debía cambiar la sociedad, sino por que debía colocar al "pueblo" en el lugar del rey. Es ahí, donde se anuda el conflicto entre Girondinos y Montañeses. La obra de Quinet está dirigida contra esa parte de la tradición republicana que ha hecho una "apología" del Terror. El Terror es para Quinet, no el resultado de una situación excepcional, sino el producto de la Revolución misma, bajo su forma jacobina, es la toma de la tradición absolutista -dice- por el espíritu revolucionario. Lo que Quinet reprocha al Terror no es tanto la violencia como la ausencia de sentido: es un procedimiento de exterminación que funciona en el vacío y que no tiene otra finalidad que la muerte de los individuos sacrificados al Estado. De este modo, se hace revivir, en el proceso revolucionario la tradición absolutista. Quinet

7 Cf. J. Guilhaumou, "La Terreur à l'ordre du Jour", en Dictionnaire des usages socio-politiques (1770-1819) fasc. 2, PARIS, 1987. F. Furet; "La Révolution sans la Terreur? Le débat des historiens du XIX^e siècle" Le Debat, 1981, N° 13.

va a conceder considerable importancia a las cuestiones religiosas. Estima que el catolicismo es incompatible con la libertad, y sostiene que el fracaso de la Revolución es la consecuencia de su política religiosa.

Sólo por etapas se fue estableciendo una historia verdaderamente científica de la Revolución que se opusiera a los contra-revolucionarios. Al tímido intento de los liberales, se agregó luego el más audaz de los demócratas y socialistas de la época del 48, que al aceptar la integridad de la herencia, inclusive el episodio del año II, condujeron a la aún hoy estimable obra que es la *Histoire de la Révolution française* de Louis Blanc. (1847-1860). La figura de Robespierre polariza la discusión: Michelet se refiere a Robespierre como el "tirano", en tanto que la izquierda socialista no favorece tampoco al jefe del Comité de Salud Pública. Proudhon, Jules Vallés critican al "Dictador".

A fines del siglo XIX la victoria de un consenso republicano en la opinión parlamentaria, luego Nacional y la fundación de la IIIa República, hacen que la historia de la Revolución francesa reciba, al fin, su legitimación académica: bajo la presión de la "Sociedad de historia de la Revolución francesa" fundada en 1881 por intelectuales republicanos, la Sorbonne abre en 1886 un "curso" de historia de la Revolución francesa, confiado a A. Aulard, el curso se convertirá en 1891 en "Cátedra de la Revolución francesa"; su titular Alphonse Aulard publica: *Etudes et leçons sur la Révolution française e Histoire politique de la Révolution française*; trabajos en los que toma posición en favor de Dantón y sus amigos oponiéndolos a Robespierre y su grupo. Aulard es uno de los historiadores que más ha contribuido a trazar el indispensable marco de referencia del encadenamiento de acontecimientos, instituciones y hombres. Esta historia polarizada en el *discurso político* de la Revolución, encarna en Dantón el rechazo de la violencia en oposición a la rigidez de Robespierre y el jacobinismo.

El sincretismo revolucionario que las instituciones y las fiestas oficiales han tenido tendencia a acreditar no debe disimular las profundas divergencias que no han cesado de expresarse en el seno de la izquierda. El antirro-

bespierrismo ha permanecido una tradición viva, aun cuando Albert Mathiez, titular de la Cátedra de Historia de la Revolución francesa en la Sorbonne, desplegó esfuerzos de erudicción y de elocuencia en favor del "Incorruptible", éste no ha tenido derecho a una calle de París, y la estación de Metro que lleva su nombre está situada en la Comuna de Montreuil, administrada por comunistas. Estos han retomado desde hace tiempo, la bandera del jacobinismo, la exaltación del abogado de Arras por sus historiadores y consejeros.

Mathiez fundó en 1908, la "Sociedad de estudios sobre Robespierre" y publicó los *Annales revolutionnaires; La vie chère et le Mouvement social sous la Terreur*. Obras en las que pudo despejar, mejor que lo había hecho nadie antes que él, el programa social de los robespierristas y demostrar que las divisiones internas tenían por origen unas concepciones sociales radicalmente distintas. Mathiez se opone a considerar a la Revolución como un "bloque". Es el primero en demostrar que la Revolución francesa se hizo mediante una serie de "revueltas" y "rebeliones".

Mathiez es uno de los fundadores de una lectura social de la Revolución, simboliza muy bien en su obra la mutación de la historiografía de signo predominantemente político al social. Contra Aulard y los Dantonistas se erige en defensor de la persona y la acción de Robespierre, encarnación del Jacobinismo intransigente y de la democracia social. Pero al mismo tiempo sobrepasa el conflicto abstracto del culto a la personalidad para concentrar su atención en el comportamiento de las masas anónimas. Demostró, además, que la actitud de los revolucionarios, en materia de religión, estaba ligada a los profundos deseos de las masas.

Continuador de la tradición instaurada por Mathiez, George Lefebvre, aborda por primera vez la historia de la clase campesinas con rigor científico, la Revolución es vista desde "abajo" no desde arriba. A través del análisis del problema y del comportamiento campesino, G. Lefebvre concibe dos ideas: que existen desde el punto de vista social, varias revoluciones en lo que llamamos La Revolución, y que la revolución campesina, es autónoma, indepen-

diente de las otras [aristocrática, burguesa, sans-culotte por ejemplo] es anticapitalista, es decir vuelta hacia el pasado. Dos ideas, difíciles de conciliar, dice Furet, con la visión de una Revolución francesa como fenómeno social e histórico homogéneo, abriendo un futuro capitalista, o burgués, al que el Antiguo Régimen habría impedido progresar⁸. Los estudios realizados por G. Lefebvre⁹ han constituido el acta fundacional de la historia de las mentalidades revolucionarias.

A partir de Lefebvre, Labrousse y Soboul renuevan y continúan la historia marxista de la Revolución francesa. Desde Aulard y Mathiez a Soboul un camino diferente se ha recorrido, la historiografía de la Revolución no es ya la historiografía de las personalidades de la política, sino de las masas en acción.

El marxismo, que penetra con Jean Jaurès¹⁰ la historia de la Revolución desplaza hacia lo económico y lo social el centro de gravedad del *problema* de la Revolución. Pero, es a partir de 1917, que la Revolución francesa deja de ser la matriz de probabilidades a partir de la que se puede y debe elaborar otra revolución definitivamente liberadora, no es más que el campo de posibilidades descubierto y descrito por Jaurès en toda la riqueza de sus virtualidades. Es la "Madre" de un acontecimiento real, y su "hijo" tiene un nombre *Octubre de 1917*, o más generalmente la Revolución rusa. Mathiez señaló en 1920 (*Le Bolchevisme et le jacobinisme*) el parentesco entre el gobierno de la *Montaña* de junio de 1793 a julio de 1794 y el gobierno *bolchevique* de los años de *guerra civil*: "Jacobinismo y bolchevismo son el mismo título de dos dictaduras, nacidas de la guerra civil y de la guerra extranjera, dos dictaduras de clases, operando con los

8 Cf. François Furet, Penser la Révolution française, Gallimard, París, 1978.

9 George Lefebvre, La Révolution française, París, 1951. Études sur la Révolution française París, 1963. 1789, La Révolution française. París, La Grande Peur de 1789, 1932.

10 Jean Jaurès; Histoire socialiste de la Révolution française. Ed. Sociales. París.

mismos medios, el terror, las requisiciones, ... y proporcionándose, en última instancia, una finalidad semejante, la transformación de la sociedad, y no solamente de la sociedad rusa o de la sociedad francesa, sino de la sociedad universal¹¹.

El desplazamiento de la Revolución francesa por la Revolución rusa, transfiriendo el acento y la curiosidad del 89 al 93, tuvo consecuencias positivas, en el dominio de la erudición constituyó una poderosa incitación a estudiar de más cerca el rol de las clases populares urbanas en el proceso revolucionario y obras importantes como: *La vie chère et le mouvement social sous la Terreur* de Mathiez; *les Lutttes de classes sous la première République* de Daniel Guérin ou *les Sans-culottes de Soboul*; a las que se pueden agregar los libros de la importante escuela inglesa, especialmente los de Hobsbawm y G. Rudé¹², así lo han demostrado. En contraste con la obra de Mathiez, Daniel Guerin, en la *Lutte de classes sous de lère République*, ha querido ver en la *sansculotterie* de París una vanguardia y su tentativa del año II un embrión de la revolución proletaria: así se verifica la teoría de la revolución permanente según la cual, en el marco de la revolución burguesa del siglo XVIII se anunciaba ya la revolución proletaria del siglo XX.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que esta transposición al siglo XVIII de los problemas de nuestro tiempo, hacer de los *sans-culottes*, artesanos y tenderos un proletariado de usina, tomar por vanguardia proletaria lo que no es más que una defensa de posiciones de la economía tradicional es quitarle al movimiento popular bajo la Revolución su carácter específico.

Soboul, interpreta a la Revolución francesa como un fenómeno total, resultado de un proceso englobando todos los aspectos de la evolución histórica. La historia

11 Albert Mathiez, La vie chère et le mouvement social sous la Terreur, París, 1927.

12 George Rude, The erowd in the French Revolution, Oxford, 1959.

E. J. Hobsbawm, Las revoluciones burguesas. Barcelona, 1978.

de la Revolución no será jamás, escribe Soboul, acabada ni jamás totalmente escrita. De generación en generación, a medida que se desarrolla la historia que ella ha hecho posible, no dejará de suscitar la reflexión de los hombres. Y también su entusiasmo. En su tesis *Les Sons-culottes parisiens en l'an II*, se erigió en el historiador de la "revolución urbana", en oposición a la historia política. Su análisis ha conducido a una apreciación más sobria y mesurada, que pone en duda la posibilidad misma de un movimiento popular con fines autónomos en la relación de clases propia de la época revolucionaria.

Es evidente que la interrogación del presente puede ayudar a la interpretación del pasado, a condición de que dicha interrogación permanezca interrogación, una serie de hipótesis nuevas, y no una proyección mecánica y pasional del presente sobre el pasado.

El discurso de la derecha como el de la izquierda celebran hoy la "libertad" y la "igualdad", el debate acerca de los valores del 89 no comporta una postura real, ni una inversión psicológica poderosa. Pero si ésta unanimidad existe, es que el debate político se ha desplazado, simplemente, de una revolución a otra, de la del pasado a la del porvenir, esa transferencia de conflicto permite un consenso aparente sobre la herencia. Pero en realidad esta herencia continúa a dominar las representaciones del futuro, como una vieja capa geológica, recubierta de sedimentos posteriores, no deja de modelar el relieve y el paisaje.

La Revolución francesa no es solamente la República, es también una promesa indefinida de *igualdad*, y una forma privilegiada de *combio*. El siglo XIX ha creído en la República, el XX cree en la Revolución. Hay un mismo acontecimiento "fundador" en las dos imágenes. En la de los socialistas del siglo XIX, como a la vez solidaria y distinta de los republicanos. Solidaria, porque la República es a sus ojos la condición previa al socialismo, distinta por que la democracia política es un estadio histórico de la organización social destinado a ser superado. El 89 funda no un Estado estable, sino un movimiento cuya lógica es la de ésta superación. Las dos luchas, por la

democracia y el socialismo son dos configuraciones sucesivas de una dinámica de la igualdad cuyo origen está en la Revolución francesa. Se constituye así una visión una historia lineal de la emancipación humana, cuya primera etapa ha sido la eclosión y la defusión de los valores del 89 y la segunda debía cumplir las promesas del 89, por una nueva revolución, la socialista. A partir de 1917, todo cambia, la revolución socialista se cumplió, y la Revolución francesa deja de ser una promesa para un futuro posible.

En el momento en que Rusia sustituye a la Francia en el rol de nación de vanguardia de la historia, por el bien o por el mal, porque ella hereda de Francia y del pensamiento del siglo XIX la "elección" revolucionaria, los discursos historiográficos sobre las dos revoluciones se entrecruzan y se contaminan.

El período staliniano va a reactivar en Francia la polémica contra el jacobinismo, manteniendo vivo en el seno de la izquierda, los diferentes episodios de la Revolución francesa y sus antagonismos, que son utilizados por los múltiples grupos y tendencias a los fines de su propia afirmación.

La crítica emprendida al sistema soviético y al marxismo, ha dejado de ser monopolio o casi monopolio del pensamiento de la derecha para convertirse en tema central de la reflexión de la izquierda francesa. Lo que importa, en la referencia a estos conjuntos históricamente relativos que son la izquierda y la derecha, no es que una crítica de la izquierda tenga más peso que una crítica de la derecha, en la medida en que la izquierda tiene una posición cultural dominante, en un país como Francia, desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Lo que cuenta, es que la derecha para hacer el proceso de la U.R.S.S. o de la China, no tiene necesidad de modificar ningún elemento de su herencia, le basta con permanecer a el interior del pensamiento contra-revolucionario. Mientras que la izquierda debe afrontar ideas que comprometen su sistema de creencias. Una vez que la cultura de izquierda ha aceptado reflexionar sobre los hechos, ha criticado su propia ideología, sus interpretaciones, sus esperanzas, sus racionalizaciones, y como consecuencia se instala una nueva visión de la Revolución francesa.

Furet¹³ entre otros ha reprochado a la historiografía marxista de la Revolución, el haber encerrado el ciclo revolucionario en un esquema estereotipado en episodios que encajan unos en otros. "hay un catecismo revolucionario", entendiendo por esta expresión la explicación sumaria de una "vulgata marxista": que puede resumirse así, existía una sociedad y una economía feudal, se produce la revolución burguesa que destruye el feudalismo con todas las consecuencias debidas a la especificidad de la burguesía, esta revolución contiene en germen las premisas de la Revolución rusa de 1917. Interpretado así, efectivamente, estamos de acuerdo en que se trata de un "catecismo". Pero, lo que podemos agregar con cierta certeza, es que aun aquellos que se adhieren a esta "vulgata" -casi general- han realizado estudios muy innovadores y eruditos. Este "catecismo" ha dado nacimiento a grandes síntesis históricas como lo son las obras de Lefebvre, Soboul, Vovelle y mismo Agulhon, que han abierto nuevas vías para la investigación. Se ha pasado de una historia política a la que se podría llamar siguiendo a Max Gallo y Le Goff una historia *etno-cultural*. A este propósito es ilustrativo el contenido de la clase inaugural de Maurice Agulhon en el Colegio de Francia, en ella plantea la cuestión: "¿cómo interpretar las masacres de septiembre? ¿Hay que interpretarlas como el producto del pensamiento de Rousseau? o ¿Cómo la condición social y cultural de los hombres contemporáneos? Es en ésta dirección que el estudio de la Historia de la Revolución francesa deberá progresar y será así fiel a las enseñanzas de Braudel.

El rechazo de la Revolución francesa ¿Qué es la contra-revolución?

La contra-revolución no ha nacido de la Revolución, no es una respuesta ni una réplica puntual. Es un pensamiento, una concepción de mundo que ciertamente culmina entre 1789 y 1799, cuyas raíces intelectuales se encuentran en el Antiguo Régimen y que sobrevivirá largo tiempo.

13 François Furet, Penser la Révolution Française, op. cit.

Más allá del rechazo permanente de la Revolución, como es permanente la oposición entre el espíritu de examen y el principio de autoridad, entre revolución y tradición. Es el rechazo de la ruptura del orden inmutable de las cosas, del "orden natural" positivo o divino.

La contra-revolución no es unívoca, si bien es casi siempre católica y monárquica, porque el catolicismo está unido a la civilización de occidente y la monarquía "representa toda la tradición histórica de la patria" (Maurras). Es conveniente tener en cuenta, aunque en forma rápida y simplificada las diferencias entre los *teocráticos* que tienen al Estado por inmutable, y los *tradicionalistas*, que denuncian la ruptura brutal de la tradición pero que aceptan que la historia puede modificar, enriquecer y mejorar la tradición.

La Revolución francesa al cuestionar el sistema político y sus instituciones, las jerarquías sociales y los fundamentos del derecho se inspiraba en principios tales como el *individualismo*, *libre examen*, *racionalismo*, fundamentalmente opuestos a los principios sobre los cuales reposaba el régimen monárquico: *autoridad* y *jerarquía*. Los revolucionarios preconizaban la existencia de un "hombre universal" poseedor de "derechos naturales" como el de la *libertad e igualdad*. Los contra-revolucionarios evocando al "hombre histórico" en situación, producto de su país y de sus tradiciones, con sus *libertades* y *privilegios*, sus comunidades o protecciones. El "hombre universal" debía hacer tabla rasa del pasado para que "sus derechos" fuesen proclamados y reconocidos, el "hombre histórico" debía por el contrario enraizarse en las costumbres y en las tradiciones que le protegían, someterse a la "autoridad" reconocida y permanecer en el lugar que la sociedad le había asignado, la que le procuraba a la vez la protección de la que tenía necesidad y el encuadre que excluía todo desbordamiento.

Son pues, dos sistemas, dos culturas o mejor dos civilizaciones que se enfrentan.

El rechazo de la Revolución francesa no ha tenido un carácter unívoco, existen diferentes matices para quienes el rechazo se acompaña de un elogio y de una idealización

del Antiguo Régimen, y aquellos que condenando a la Revolución francesa, condenan también los abusos del Antiguo Régimen.

Hasta nuestros días la *derecho* mantiene una tradición contra-revolucionaria, la que es puesta de manifiesto por el Profesor Pierre Chaunu, en una controversia sostenida con F. Lebrun en *La Croix* el 29 de junio de 1986. "Nosotros dice Chaunu- no hemos tenido jamás la orden escrita por Hitler concerniente al genocidio judío, pero nosotros poseemos las de Barrère y de Carnot relativas a la Vendée, por ello, cada vez que paso delante del Liceo Carnot, escupo". Si bien se trata de una "ocurrencia" inspirada en el calor del debate, demuestra la pasión que late todavía y a veces se desencadena contra la Revolución.

Reflexiones sobre la Revolución francesa

La escuela contra-revolucionaria contemporánea de la Revolución cuenta con grandes nombres que no han dejado de influir todo el siglo XIX. El abate Barruel¹⁴, inventor del "complot" filosófico y masónico, que habría provocado la Revolución como castigo divino por la inmoralidad de la Francia, no admite ninguna modificación del Estado ni de la sociedad monárquica.

Rivarol, que denuncia los privilegios, acepta el principio constitucional y la existencia de dos Cámaras junto al soberano. Reclama que el rey tome la iniciativa de la Revolución, que juzga indispensable, sin dejar al pueblo el cuidado de realizar, necesariamente mal, lo que pertenece a la "autoridad" como prerrogativa esencial. Estos dos hombres de palabra y de acción no eran teóricos, la doctrina se elabora primero fuera de Francia, y es en Inglaterra donde nacen los fundamentos bajo la forma de una *reflexión* densa y violenta, las *Réflexions sur la Révolution française*. 1790 de Edmund Burke. Esta

14 Augustin Barruel; Histoire du clergé pendant la Révolution française. Londres, 1793.

Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme. Londres, 1797-1799.

debía servir de base a todo el pensamiento contra-revolucionario. Burke, inglés, "liberal", perteneciente al partido "Whig", había justificado la Revolución norteamericana, condenando las injusticias que habían provocado la rebelión de los colonos. Pero, la Revolución norteamericana había nacido, no del deseo de cambiar la constitución tradicional de los ingleses, sino de los "errores" del gobierno, por que se habían desconocido las libertades y las tradiciones que poseía todo sujeto británico. En cambio, en Francia, la revolución procede en sentido inverso. Rechaza la constitución tradicional del Estado, fruto de una historia secular y sustituye a la tradición y se aleja de las experiencias, sabidurías y prejuicios de siglos. Lanza Burke el tema de la "ilegitimidad", de una ruptura revolucionaria, atentatoria contra el movimiento mismo de la historia.

Aparecida en 1790 la *Reflexiones*, tendrá amplia repercusión en Francia y más aún en Alemania, donde ciertos pensadores condenan el "universalismo revolucionario" y exaltan los particularismos nacionales. La obra de Burke, sirvió de inspiración a dos publicaciones aparecidas en 1796: *Considerations sur la France* de Joseph De Maestre y la *Théorie du pouvoir politique et religieuse de Louis Bonald*. Los dos hombres, cada uno en su lenguaje sostienen aproximadamente las mismas ideas, que los conducen a desear no el restablecimiento del Antiguo Régimen, sino una monarquía que ellos valoran conforme a la naturaleza y a la razón. Barruel, Burke y De Maistre ven en la Revolución francesa un atentado al *orden*, y en general, la consecuencia de la filosofía de las luces" y del "complot masónico".

El Estado, para el pensamiento de la derecha no puede ser otra cosa que lo que los siglos han formado, por lo que de hecho posee una existencia real, porque es el simple calco de la sociedad orgánicamente organizada. Sustituirla por una constitución abstracta, es engendrar el caos y, ofender a Dios que le ha dado todo al hombre, desde la palabra hasta la sociedad. Sólo esta sociedad providencialista tiene derechos y la *Declaración de los Derechos del hombre* es una blasfemia puesto que ella enfrenta al individuo contra la "autoridad". La Revolución

se convierte, así, en el castigo que la providencia a impuesto al Antiguo Régimen por haber permitido la degradación religiosa y moral, pero ella permitirá el regreso triunfal de la fe y del reino de un régimen teocrático, que barrerá los demonios del individualismos y de la filosofía.

Se comprende que las obras de Bonald y de Maestre sean la *Biblia* (Winock) de los ultras y que los mismos se sintieran desilusionados por la Restauración. No sólo por que ésta no había restablecido la "teocracia", sino que con la "Charte", se había introducido en la estructura de la monarquía restaurada, ciertos principios revolucionarios contra los que los ultras habían combatido. La Restauración no dió satisfacción a quienes rechazaban la Revolución, teológica y políticamente, puesto que su pensamiento estaba fundamentado sobre una visión organicista y providencialista de la Sociedad y del Estado. Sus herederos, irreductibles enemigos del individualismo, de la filosofía de las luces y de los Derechos del hombre, querían restablecer el antiguo orden, la familia patriarcal y la religión católica.

Pero, quien quisiera gobernar en Francia después de la Revolución, debía transigir con algunas de sus obras. Luis XVIII sabía de ello, y se indignaba con sus partidarios los ultras, rechazando establecer pura y simplemente el absolutismo.

Muchos franceses se habían beneficiado con los logros revolucionarios: la abolición de los privilegios y los derechos feudales, los que no podían ser restalecidos. De todos modos, la derecha "legitimista" se mantuvo en el poder desde 1815 a 1830 gracias al apoyo de la aristocracia y de la alianza del trono con el altar. La restauración religiosa iba a la par de la restauración monárquica: misiones en las provincias intentaron recordar a las poblaciones sus deberes cristianos, las congregaciones y sus múltiples sociedades anexas tratarán de ayudar a consolidar el régimen que pertenecía a la tradición rota el 10 de agosto de 1792. La derecha "legitimista" permanecerá como *fuelle* de la contra-revolución.

¿Teocráticos o tradicionalistas?

Que sea teocrático o tradicionalista, el pensamiento contra-revolucionario, formula una crítica a la *democracia* que servirá de modelo a todo el siglo XIX, a los autores de derecha que buscan refutar la ilusión de los "derechos del hombre". En realidad *el hombre no existe, sólo existen los hombres concretos*, dicen Burke y Maestre; la *igualdad* es una mera abstracción, la *desigualdad* una realidad, y, un régimen que proclama la *igualdad* de los hombres no es más que una farsa.

Las dos grandes corrientes del pensamiento contra-revolucionario el *tradicionalista*, representado por Burke y sus discípulos, y el *teocrático* representado por Bonald, Maistre y sus continuadores, unidas en un idéntico rechazo a la Revolución francesa, terminan por tomar formas divergentes, y tendrán cada una un peso diferente en el desarrollo del pensamiento político francés. Es más bien bajo la forma de doctrina teocrática, que la contra revolución alimentará primero al partido de los "ultra" bajo la Restauración, para luego integrar la corriente "legitimista" surgida después del movimiento revolucionario de 1830. La requisitoria de Bonald y Maistre se inserta plenamente en la apologética católica; la preocupación de los dos autores es de restaurar la religión. "El restablecimiento de la Monarquía, que se llama contra-revolución no será una revolución-contraria, sino lo contrario de la revolución" (Maistre).

También existe una derecha que ha integrado una parte de la herencia revolucionaria. Un símbolo de dicha integración es que hoy el "candidato presidenciable" por la derecha, Jean Marie Le Pen cante en toda ocasión *la Marseleso*. No se puede abolir la historia; los compromisos se imponen, y hasta la derecha más exaltada reivindica, en parte al menos el simbolismo de 1792.

La derecha y la herencia revolucionaria

La Revolución de 1830, lleva al poder una derecha

que acepta el 89. Con buen sentido Charles de Rémusat escribía: "Nosotros estamos modelados y educados por el tiempo y el país en el que hemos nacido. Las novedades que se han introducido en las costumbres, en las relaciones, en la familia, en la vida privada, son para nosotros ahora tradiciones. Se tratará en vano de hacernos deplorar lo que fue y que nosotros no hemos conocido".

Fue Francois Guizot quien en sus cursos en el Colegio de Francia, rechazó tanto las interpretaciones ultras como las interpretaciones jacobinas de la Revolución. Perspectiva que va a señalar los objetivos de una política del "Justo medio", que busca encontrar el camino de un gobierno constitucional tan alejado del Antiguo Régimen como de los entusiasmos jacobinos. Decidido a establecer un nuevo orden post-revolucionario, fundando su visión de la historia en la relación de clases, quería realizar una especie de compromiso histórico entre los principios de la Revolución y la Monarquía. Retengamos de Guizot su idea de "compromiso"; la idea de que la derecha podía gobernar aceptando la *herencia* revolucionaria y algunos de sus símbolos, en especial la bandera tricolor.

Esta derecha-orleanista, se vió reforzada más tarde, bajo la Tercera República, por los republicanos moderados, surgidos y separados de la izquierda a medida que ésta se abría al socialismo en los años de 1890.

A las celebraciones republicanas del Centenario de la Revolución -1889-, la Francia "legitimista" respondió, organizando asambleas regionales a fin de redactar nuevos "cahiers de doléance" contra los resultados de cien años de la Revolución. El Obispo de Angers, Treppes, publicó la 23 edición de su *Revolución francesa*, implacable requisitoria contra los hombres y los principales de 1789. En la Asamblea Nacional se escuchó decir al diputado Hulst: "Si a la República como forma de gobierno, pero no a las ideas de la Revolución"... "Sobre este punto -agregó- no nos entenderemos jamás".

A los historiadores de izquierda de la Sorbonne, replicaban los Neo-Monárquicos, haciendo la apología del Antiguo Régimen: Jacques Bainville, Augustin Cochin y posteriormente Pierre Gaxotte que encantaba a sus lectores tanto por sus celebraciones de Luis XIV o de

Luis XV que por sus descripciones de los acontecimientos revolucionarios.

Al monarquismo de "nacimiento" y de sentimientos, que componían los lazos familiares o regionales a la causa monárquica se agrega un neo-monarquismo de la "razón" surgido a fines del siglo XIX. Inspirados en los dos grandes autores de la contra-revolución moderna ofrecen más bien la imagen de una requisitoria en nuevos términos que la de una nueva y serena apreciación: Sybel en Alemania (*Geschichte der Revolutionszeit 1789-1800*) y sobre todo Taine y Renan en Francia.

Taine, escribe en los años en que la historia de Francia se cierra sobre la forma republicana, en momentos en que Jules Ferry intenta rehacer la unidad nacional de acuerdo a los principios de 1789. Dirigida contra esos principios, la historia de Taine, *Les origines de la France contemporaine*, no es tampoco asimilable para la oposición católica y monárquica, la representación de un Antiguo Régimen, generador de la Revolución, de una Monarquía culpable de absolutismo, limitan la recuperación por los reaccionarios de la obra de Taine.

Una derecha, no liberal, autoritaria, legitimada por el sufragio universal aporta bajo el nombre de "bonapartismo" una manera diferente de aceptar la Revolución.

Napoleón I. ¿no había sido considerado un Robespierre a caballo? El objetivo era el de la "reconciliación nacional": el método el del "compromiso": la Iglesia católica se convertía en aliada, mientras que los campesinos sostenían al Emperador contra el retorno de los señores y "contra los partidarios de la división de bienes". El régimen suscita el odio de los republicanos; pero no era la continuación del Antiguo Régimen; el llamado al "pueblo", la exaltación de la gloria nacional, la aparición de nuevas élites, el principio de las nacionalidades en el exterior, todo ello hacia del eclecticismo bonapartista una derecha que reivindicaba la *fractura* de 1789, queriendo al mismo tiempo impulsar el desarrollo industrial, el comercio y progreso. Un régimen en el que no se podían reconocer las fieles de la Antigua Monarquía.

La más violenta y la más coherente crítica de la Revolución francesa.

El movimiento intelectual reaccionario no ha dejado de existir en Francia, a través de sus múltiples y diversos representantes un espíritu de "contestación" inspira una prensa y una literatura de combate, aun cuando estén imposibilitados de llegar a una Restauración.

El rechazo de la Revolución no ha sido solamente expresado bajo la forma de una construcción intelectual y teórica negando toda legitimidad a un movimiento al que denuncian como extravagante y de carácter demoníaco, sino que toma también la forma de una resistencia activa y armada a través de las manifestaciones de la "Action Française".

Con Charles Maurras y la "Action française" aparece a comienzos del siglo XX la más violenta y coherente crítica a la Revolución francesa. La "Action française" se integra a un paisaje ideológico ya formado, donde los grandes debates sobre 1789 y 1792-1794 se habían largamente cimentado. Se intenta una síntesis general cuyo epicentro es la defensa e ilustración de la Monarquía absoluta. La Revolución francesa se encuentra nuevamente en el "banco de los acusados". Este nuevo combate contra la Revolución tendrá influencia durante los tres primeros decenios del siglo XX.

Por canales diferentes, estudiantes, intelectuales y algunos sectores de opinión serán influenciados por la *Enquête sur la Monarchie* de Charles Maurras, publicada a comienzos de 1900 en *La Gazette de France*. Es el período de la República triunfante que ha superado la crisis del "boulangisme", los escándalos de 1890, el "affaire Dreyffus" de 1894 a 1899. Una República cuyos principios se identifican con los del 89. Y es a este régimen parlamentario, laico, "Sin Dios" que se opone la "Monarquía tradicional", hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada. Es contra el régimen republicano que se quiere adoctrinar a la juventud.

El hecho no es ciertamente nuevo, sino que la "Action française", no se limita a retomar las tesis y los temas

de los ultras, sino que los amplía en torno a una "doctrina global y coherente". Doctrina surgida del pensamiento de Maurras, de su obra *Enquête sur la Monarchie* y de la recopilación de sus ideas, realizada por su discípulo Pierre Chardon: *Mes idées politiques*, de Charles Maurras aparecida en 1937. Ideas basadas en la noción de *nacionalismo* y *monarquía*, ambas consustanciales. Inversamente, la Revolución ha roto la continuidad e instaurado el principio igualitario, ha sido una catástrofe para el país y "figura entre las tres plagas de Francia: Reforma, Revolución, Romanticismo". La Revolución para Maurras "no es más que la obra de la Reforma recuperada y demasiado cruelmente lograda".

La Monarquía, es, en cierto modo, para Maurras, un hecho de la Naturaleza, un producto de "la larga duración histórica". El Antiguo Régimen no es solamente el paraíso perdido, sino el orden mismo del mundo que ha sido trastornado. La Revolución no encarna solamente el mal, en una visión maniquea por la que la Revolución no innova nada, sino que se transforma en una suerte de drama cósmico.

La "Action française" no ha creado el debate sobre la Revolución, sino que ha reavivado su contenido. Ha suministrado los fundamentos razonables a la "nostalgia" y se ha transformado así en un arsenal ideológico para los adversarios de la Revolución. La influencia de la "Action Française" sobre los intelectuales de extrema derecha, y los de la "nueva derecha", han tenido y tienen un rol importante en los debates sobre la Revolución, como lo demuestran las obras de Jacques Bainville, Pierre Gaxotte o Bernard Fay, cuyas posiciones editoriales son dominantes. Sin dejar de mencionar que ciertas obras, redescubiertas, han permitido a F. Furet mostrar la "novedad" de sus análisis.

La izquierda teniendo un discurso favorable a la Revolución, otorgándole el *status* de acontecimiento "fundador": la "Action française" aparece como el contra-discurso, el más coherente, y ocupa de hecho una parte del terreno ideológico. La "Action française" que rinde un piadoso homenaje a Charlotte Corday y a los campesinos

de la Vendée, al mismo tiempo se expresa a través de uno de sus miembros, L. Daudet, contra la Revolución en forma por demás violenta: "La Revolución es bien cierto un bloque, si, pero un bloque de necesades, de basura y de sangre."

Los historiadores de la derecha se han dedicado no sólo a redactar grandes síntesis brillantes, discutibles y discutidas, sino también a trabajos de mayor precisión, que a pesar de su marcada orientación, prestan buen servicio a los historiadores, si bien sus conclusiones responden a su única orientación", sus investigaciones están conformes con las reglas de la erudición.

Conclusión

En la conmemoración del Bicentenario la Revolución française no ha agotado su rol de baliza, ni las divisiones que ha creado han sido superadas: ellas están totalmente presentes. Así lo prueban los escritos de Louis Pauwels, que llama a "terminar la revolución francesa", o los de Reynald Secher que habla del genocidio franco-francés; las réplicas polémicas de Max Gallo, o el "catecismo revolucionario" de Furet, por citar solamente algunos. Sin embargo, la Revolución francesa, no solo es objeto de polémicas, sino que también a pasado a formar un campo de estudios separado y autónomo, que posee sus cátedras, sus estudiantes, sus sociedades, sus revistas. 1789 es la clave para explicar los secretos de la historia Nacional francesa. La Revolución explica la historia Contemporánea. Pues, como sostiene Furet, "la historia del siglo XIX francés puede ser considerada como la historia de una lucha entre la Revolución y la Restauración, a través de episodios que serán los de 1815, 1830, 1848, 1851, 1870, La Comuna, el 16 de Mayo de 1877. La victoria de los republicanos sobre los Monarquistas, en los orígenes de la 3ra. República, prueba definitivamente la victoria de la Revolución en las profundidades del país..."

Si bien se ha terminado por imponer la República, la Revolución francesa es mucho más que la República.

Ella es la "anunciación" que no se agota en ningún contenido. No es solamente la República, es también una promesa indefinida de igualdad, y una forma privilegiada de cambios. Es suficiente ver en ella, en lugar de una institución nacional, una matriz de la *historia universal* para devolverle su dinámica y su poder de fascinación.

La Francia se ha transformado desde hace tiempo en una democracia a veces "liberal", otras "socialista", Inglaterra es una "democracia liberal". Las dos naciones han convergido sobre los mismos principios: libertades políticas, sistemas representativos, sufragio universal, igualdad ante la ley... Los otros Estados de la órbita democrática han seguido más o menos uno de los dos modelos o uno mixto para llegar a las mismas convicciones y a las mismas prácticas. El estilo político francés fue creado en la Revolución y ese estilo es el estilo del *drama*, de las fuertes emociones, de discusiones: un estilo de "guerra civil" como se ha dicho. La historia de Francia de 1789 a 1799 ofrece un maravilloso stock, un interminable repertorio. Por ello contra los "socialistas" accediendo al poder en 1981, hay quienes han considerado bueno "reanimar la guerra de la Vendée"; contra los "liberales" vencedores en las elecciones de 1986, los vencidos han proclamado: "Au Secours, la droite revient!". Unos reclaman "Cabezas" otros lloran la guillotina guardada en el Museo.

La verdad es que los imperativos económicos, la interdependencia del exterior, las obligaciones solidarias, tienden a disminuir de más en más el campo de elecciones posibles entre la derecha y la izquierda. En ese contexto, el pasado guarda su encanto: y recurrir a él, refuerza las diferencias más que las elecciones presupuestarias estratégicas o diplomáticas.

Esquema cronológico

1776	Revolución Americana
1783	Tratado de Versalles
1789	TOMA DE LA BASTILLA. REVOLUCION
1792	AÑO I DE LA PRIMERA REPUBLICA
1800	NAPOLEON. I Imperio
1815	RESTAURACION
1830	REVOLUCION-Monarquía parlamentaria
1848 - 1851	II REPUBLICA
1852 - 1870	II Imperio
1870	IIIª. REPUBLICA
1871	Comuna de París
1882	Enseñanza laica
1894 - 1899	"Affaire Dreyfus"
1905	Separación de la Iglesia y Estado
1914 - 1918	Primera Guerra Mundial
1936	Gobiernos moderados. Frente popular
1940	Armisticio-Creación del <i>Estado francés</i> . Pe tain
1944	Liberación de Francia
1946	Constitución IV REPUBLICA
1958	V REPUBLICA - De Gaulle
1968	Movimiento revolucionario
1969	Elección de Q. Pompidou, Presidente.
1974	Elección de V. Giscard d'Estaing, Presidente
1981	Elección de F. Mitterrand, Presidente
1988	Reelección de F. Mitterrand, Presidente

Para saber más.

M. Agulhon, *Histoire vagabonde*, 2 vol. Gallimard, 1988.

J. P. Apparú, *La Droite aujourd'hui*, París. A. Michel, 1979.

F. Furet, *Penser la Révolution française*, Gallimard, Paris, 1979.

———, *La Gauche et la Révolution française au milieu du XIX siècle*, Paris, Hachette, 1986.

A. Gérard, *La Révolution française, mythes et interprétations, 1789-1970*, Paris, Flammarion, 1970.

R. Rémond, *Les Droites en France*, Paris, Aubier, 1982.

S. Rials, *Révolution et Contre-Révolution au XIX siècle*, Paris, Albatros, 1987.